

Cosmocapsula 07
hammet87, Revista Cosmocápsula

Creative Commons - BY-NC-ND -- 2015

Dedication

Revista Cosmocápsula. Ciencia ficción colombiana

Acknowledgements

Autores en este número:

Pablo Martínez Burkett

Jerson Lizarazo

Manuel Jordan

Luis Carlos Barragán.

Ricardo Cabezas.

Table of Contents

Portada	1
Ilustración de portada: "Ella" por Le Yad	1
Editorial	4
Editorial. "¿Por qué me gusta la ciencia-ficción?" por Dixon Acosta Medellín	4
Contenidos	7
"Por qué escribo - cómo escribo" por Pablo Martínez Burkett	7
"El viajero del tiempo" por Jerson Lizarazo	11
"La terapia" por Manuel Jordan	15
"Luis, el otro" por Luis Carlos Barragán	20
"Bo-Dell-Air" por Ricardo Cabezas	24



Portada

Ilustración de portada: "Ella" por Le Yad



Revista Cosmocápsula número 7. Octubre – Diciembre 2013. Arte.

[Volver al índice](#)

Imagen de portada: *Ella*

Le Yad

LE YAD (1981)

Editora de arte y diseño de Cosmocápsula. Licenciada en Diseño de la Comunicación Gráfica por la Universidad Autónoma Metropolitana, se ha especializado en el área de la Ilustración con cursos y talleres impartidos por la Academia de San Carlos, CONACULTA, Centro Cultural de España, entre otros.

Enfocada a la ilustración, la plástica y el Discurso visual. Su trabajo ha sido seleccionado en el 2009 por el Museo Mexicano del Diseño en el concurso de cartel “A la muerte con una sonrisa”, en el 2011 seleccionada en el Catalogo de Ilustraciones Infantiles y Juveniles de CONACULTA, mención en el 2012 en el XXIV Concurso de cartel “Invitemos a Leer” de CONACULTA, entre otros.

Además de coleccionar piedras de río y dibujar día con día, ha participado en exposiciones individuales y colectivas, ha impartido talleres sobre la imagen plástica como transmisor de conceptos y ha fundado su propia marca de productos.

Actualmente es parte del proyecto de Asociación de Ilustradores en México y es directora y fundadora de “Taller de Sueños”, pequeño espacio dedicado a la lectura y ala ilustración.

Blog personal: <http://simplamente-yad.blogspot.mx/>



[Click en la imagen para ampliar](#)





[Volver al índice](#)

Revista Cosmocápsula número número 7. Octubre – Diciembre 2013



Editorial

Editorial. "¿Por qué me gusta la ciencia-ficción?" por Dixon Acosta Medellín



Revista Cosmocápsula número 7. Octubre – Diciembre 2013. Editorial.

[Volver al índice](#)

Editorial. ¿Por qué me gusta la ciencia-ficción?

Dixon Acosta

]]>





La Lectora. Jean-Honore? Fragonard

Cuando estudiaba sociología, muchas personas que dudaban en cuanto al futuro laboral de la profesión me preguntaban sobre la definición misma de esa disciplina que hace parte de las ciencias humanas. Dos preguntas básicas: ¿qué es la sociología?, ¿para qué sirve? Me hubiera gustado tener un espacio escrito en aquella época para haber dado las respuestas, pues la explicación se convirtió en un guión agotador que repetía cual actor decadente ante un renovado público.

Igual me pasa con la ciencia-ficción, con la ventaja que ahora *Cosmocápsula* me da la oportunidad para expresarme sobre mi particular afición. Si hay algo claro en la ciencia-ficción es que no existe una definición unívoca, en parte por las ideas preconcebidas sobre la misma. Mi definición no necesariamente coincide con la de otras personas y quizás esa sea el gran rasgo de su naturaleza, su versatilidad polisémica (espero no irritar a mis amigos filólogos con esta descripción).

Para no extenderme en una larga explicación y haciendo un esfuerzo sintético, considero a la ciencia-ficción como una corriente humanista que se pregunta por el futuro. La humanidad o, mejor sería decirlo francamente, algunas personas privilegiadas y curiosas (la mayoría lamentablemente apenas intenta descifrar el devenir cotidiano) se han preguntado por lo que viene después del día presente. Han surgido respuestas desde la religión, la filosofía y sus hijas, las ciencias humanas (incluida la incomprendida sociología), la economía y las ciencias puras, más recientemente desde la óptica ambientalista.

La literatura en prosa (novela y cuento) a pesar de contar con el motor de la imaginación no se preguntaba por el futuro, al menos no con argumentos racionales y explicaciones basadas en la ciencia. La novelística gustaba del tiempo presente con nostalgia del pasado, buena parte de las obras clásicas de este género se relacionan con los recuerdos infantiles de los autores, recreando historias personales o colectivas. Las historias de la literatura complementaban a la historia académica. Faltaban aquellos creadores esenciales preocupados por el porvenir, alimentados por el desarrollo científico y tecnológico, tendencia que desde el siglo XIX no se ha detenido, gracias a la imaginación y la curiosidad, condiciones válidas tanto para los científicos como para los escritores.

Siendo género literario en su origen, la ciencia-ficción ha promovido una extraordinaria corriente artística visual, pintores e ilustradores que salieron de las galerías para llevar su genio al cómic. Aunque ha sido en el cine -compendio final de todas las artes-, en donde la ciencia-ficción ha triunfado como expresión artística con obras magnas y empresa rentable con títulos taquilleros. En nuestra era cibernética, actualmente hay un renovado auge que vuelve a impulsar a la literatura de



ciencia-ficción gracias a esfuerzos como el de *Cosmocápsula*, la única nave espacial colombiana patentada hasta la fecha.

Otra razón por la cual me gusta la ciencia-ficción es que nos permite a quienes no podemos ser críticos indignados del presente, crear un escenario futurista para ello. Al final, en esta particular especulación también se habla de los temas trascendentales como el amor y el sexo, la paz y la guerra, el poder y el abuso del mismo, la fe y el escepticismo, escapando a los nuevos censores bajo la coartada de estar en otro tiempo y lugar. La ciencia-ficción presenta con una escenografía diferente los problemas actuales y las crisis eternas.

Es posible que no haya dado respuesta a la primera pregunta sobre la definición de la ciencia-ficción. En cuanto a la segunda, sobre la utilidad de la misma, la respuesta sólo puede brindarla cada lector, en la medida que las obras de este particular género le provoquen sentimientos, reflexiones, dudas o al menos le proporcionen entretenimiento.

La conclusión personal, es que me han gustado cosas en la vida que no son tan fáciles de explicar, que algunos podrían incluso calificar de inútiles, pero que son tan básicas y fundamentales, como los artículos de primera necesidad del supermercado. Espero que este intento de reflexión sirva para invitar a los amables lectores a plantearse estas preguntas mientras viajan por los lejanos destinos en tiempo y espacio que unos arriesgados pilotos han escrito para ustedes en *Cosmocápsula*. Bienvenidos.

Dixon Acosta Medellín

@dixonmedellin

[Volver al índice](#)

Revista Cosmocápsula número número 7. Octubre – Diciembre 2013



Contenidos

"Por qué escribo - cómo escribo" por Pablo Martínez Burkett



Revista Cosmocápsula número 7. Octubre – Diciembre 2013. Artículos.

[Volver al índice](#)

Por qué escribo – cómo escribo

Pablo Martínez Burkett

]]>

Seguramente muchos escritores puestos a hagiógrafos de sí mismos, amañen autobiografías que digan algo así como <<Ya desde la más tierna infancia, supe que mi destino era literario>>. Siento apartarme del clisé pero jamás tuve esa clarividencia. No hace mucho estaba en Santa Fe, mi ciudad natal, revolviendo cajones en mi casa paterna y di con un certificado de participación en el certamen literario intercolegial José Pedroni. Era un evento que no recordaba. Mirando para atrás y tratando de unir los puntos, es evidente que en la alquimia de mi cerebritito de los 16 años ya se había catalizado cierta inclinación por la escritura, inclinación que mis educadores consideraron bastante como para representar a mi colegio en un concurso literario. Y tratando de explicar esa vocación, quizás una posible respuesta pase por el lado de la lectura. Así como no supe que me aguardaba la etiqueta de escritor, siempre supe que me fascinaba leer. Me crié dentro de una biblioteca. Mi padre oficiaba por las tardes de bibliotecario y yo lo acompañaba <<a trabajar>>. Y allí me engullía todo lo que el autor de mis días dejaba al alcance: Edgar Allan Poe; H. P. Lovecraft; Julio Verne; H. G. Wells, Emilio Salgari, Cervantes, Borges, Mujica Láinez, Cortázar y Adolfo Bioy Casares, libros de historia y filosofía.

Pero esta voracidad por lo fantástico y en particular, la ciencia ficción, probablemente

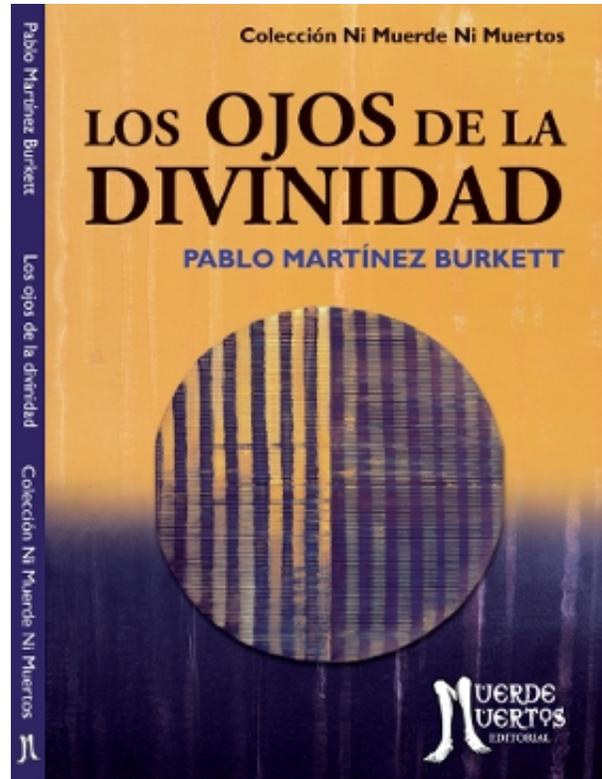


tenga una raíz anterior a cualquier lectura. A ver si logro explicarme. Pertenezco a la generación que vio en vivo y en directo la llegada del hombre a la Luna. Todavía recuerdo que, volviendo del Jardín de Infantes, mi madre que me dijo: <<Pablito vení a ver al hombre en la Luna>>. Y en lugar de rumbear para el televisor, salí a la galería mirando para el cielo... Más allá del perdonable despiste, lo que quiero destacar es que ese hecho, ese salto para la Humanidad, me provocó un cambio de enfoque. Y aunque a los 4 años fuera incapaz de expresarlo con palabras, desde entonces sé que la más estrafalaria fantasía puede ser posible. Si a esto lo condimentamos con la serie favorita de aquel niño: Viaje a las Estrellas pero también Perdidos en el Espacio, UFO y Cosmos 1999, tenemos una percepción por demás de elástica. De modo que cuando más grandecito me eché a volar por los mundos fantásticos, lo hice con el sabor de quien recupera memorias queridas. En las páginas de Verne, Wells, Bradbury, Asimov o Philip K. Dick, no encontraba la crónica de una utopía sino la anticipación de lo porvenir.

Escribo porque leo (soy un coleccionista de libros. Es más, si alguien me tildara de fetichista del libro, no estaría muy errado). Escribo para no incurrir en el sueño de Alonso Quijano. Escribo para liberar las muchas vidas que habitan en mi interior. Escribo porque me gusta, porque me resulta imperativo. Escribo conservando el asombro del universo de aquel niño de 4 años. Escribo porque me divierto buscando un cambio de perspectiva en la habitual aproximación que tenemos del mundo que nos rodea. Lo que llamamos realidad no es si no otra ilusión. Escribo porque me encanta disputar esa convención pacificadora.

Mi formación académica fue en el terreno del Derecho. Y salvo por mis lecturas, soy autodidacta así que no tengo un *método*. En mi cabeza siempre está borbotando una nueva historia. A veces se cuece a fuego lento, otras es tan urgente que tengo que dejar todo para ponerme a escribir. Investigo mucho. No importa que tan mínima sea la historia: todo tiene que encajar, todo tiene que tener un sustento de credibilidad, fundado en circunstancias perfectamente verificables. No me importa que quizás nadie advierta esos detalles. Sé que son mensajes en una botella. Pero me encanta *sembrar* mis textos con esas pinceladas.

Alguien me dijo que mi forma de escribir se parece a la confección de un bonsái: una



plataforma fáctica más o menos verídica y una espesura de exuberante fantasía. Probablemente sea cierto. Eso sí, soy extremadamente prolijo y observante de la buena sintaxis. También me gusta usar todo el ancho del idioma. Por lo demás, soy un barroco en rehabilitación: con los años he ido derivando hacia frases más cortas, con menos pirotecnia. Por estos días me tocó revisar las pruebas de mi segundo libro *Los ojos de la Divinidad* (Muerde Muertos, 2013) cuyos relatos, en algunos casos, tienen varios años. Este de ahora le pegó una podada sangrienta a aquél de entonces y casi no quedaron adjetivos. Espero algún día aprender a escribir, decir más con menos. Sé que eso se logra con oficio antes que con inspiración. Y para que la inspiración llegue, hay que pasarse horas jugando con el teclado. Y <<dejar hablar>> a los personajes. Que ellos te dicten la historia. Y luego, corregir mucho. Y saber que ninguna historia está completa hasta que el lector recomponga las palabras a través del prisma de sus propias representaciones.

Este manojito de incertezas es en definitiva, lo que me impulsa a escribir.

Pablo Martínez Burkett. Nació en 1965 en Santa Fe (Argentina). Es abogado (Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe) y Magister en Derecho Empresario (Universidad Austral, Buenos Aires). Tiene estudios de postgrado en la Universidad de Navarra (España), la Universidad Adolfo Ibáñez (Santiago de Chile) y la Louisiana State University (Estados Unidos). Enseña en la Universidad Austral. Es autor de los libros de relatos *Forjador de penumbras* (2011) y *Los ojos de la Divinidad* (Editorial Muerde Muertos, 2013). Escribe para revistas y diarios del país y el extranjero.



Ha recibido premios en una docena de concursos literarios. Ha participado en diez antologías, la última de ellas, en italiano (*Buena Letra*, Editoriale Giorni, 2012). Ha escrito ensayos cervantinos para la Universidad de Castilla-La Mancha y las Jornadas Cervantinas Internacionales de Azul (Argentina). Algunas de sus narraciones han sido traducidas al inglés, portugués, francés e italiano. Está preparando un libro de ensayos sobre Cervantes y Borges y una novela (*Pozo del Diablo*).

[Volver al índice](#)

Revista Cosmocápsula número 7. Octubre – Diciembre 2013.



"El viajero del tiempo" por Jerson Lizarazo



Revista Cosmocápsula número 7. Octubre – Diciembre 2013. Cápsulas literarias.

[Volver al índice](#)

El viajero del tiempo

Jerson Lizarazo

]]>

La civilización murió cuando el viajero del tiempo desapareció. Para qué tomarse la molestia de escribir un epitafio que jamás será leído por nadie, pensó.

Meditó durante los cinco minutos finales y, con él, se desvaneció en un suspiro el último vestigio de la Humanidad.

Había bajado de su nave esperando abrir las puertas del paraíso. En vez de la Tierra Prometida, encontró los escombros de Sodoma y Gomorra.

En el tiempo en que creció el viajero del tiempo, los hombres y mujeres miraban al futuro con intenso optimismo. Todos los días se anunciaban fascinantes descubrimientos y nuevos y complicados artilugios que facilitaban cada vez más una vida que ya era, de por sí, bastante cómoda. Solo bastaba mirar al pasado remoto y acercarse gradualmente hacia el etéreo presente para ilusionarse con la promesa de un futuro maravilloso e inimaginablemente mejor.

El florecer de la ciencia y la técnica puso al viajero del tiempo en una nave, la mejor que su época pudo darle. Él, a cambio, proporcionó la preciada combinación de intrépida valentía, voraz hambre de aventura y casi sobrenatural inteligencia que era única en él y que lo convirtió en prototipo y representante de su especie.



Lo lanzaron rumbo a las estrellas, lo aceleraron y su nave igualó, en ritmo e intensidad, el galope de la luz que deambula por todos los rincones del cosmos. Dio el salto hiperdimensional –el mayor de todos los logros de la inteligencia terrestre- y mientras su corazón latió tres veces, mil generaciones de hombres y mujeres nacieron y murieron.

El distante y remoto futuro fue atraído hacia el viajero del tiempo con igual fuerza y espectacularidad con que una estrella se hace nova. Viajó hacia adelante. Aunque –a pesar de que muchos lo creían imposible- nada impedía *realmente* el viaje en el tiempo hacia atrás, le fue rotundamente prohibido hacerlo, a costo de la destrucción de la historia y la creación de insondables paradojas.

Llegó. Y no se encontró, como esperaba, con ascensores espaciales ni colonias orbitando el planeta ni ciudades extremadamente desarrolladas; por más que se esforzó buscando, el viajero no vio tampoco generadores de hologramas, cabinas de teletransportación ni multiplicadores cuánticos.

Tardó demasiado en darse cuenta de la más perturbadora de las ausencias. No había encontrado ningún ser humano en ninguna de las ciudades que visitó.

Tardó todavía más en entender que su nave no era otra cosa que la fría y cruel tumba de una muerta Human



“Concept ship sketch” por [Dimodee Creative Commons Atribución-No comercial- Compartir igual 3.0.](#)

idad.



Intrépida valentía, voraz hambre de aventura y casi sobrenatural inteligencia. Eso decían todos en *su* época cuando se referían al viajero del tiempo. Las palabras retumbaban en su cerebro y al eco lo amplificaba el vacío de las grandes metrópolis, en ruinas y sin vida. Nada de ello le habría servido para acallar su primitivo instinto de supervivencia, que le pedía a gritos la búsqueda de una solución.

Era el último y no podría hacer mucho por salvar su especie.

Intrépida valentía, voraz hambre de aventura y casi sobrenatural inteligencia. Viajero del tiempo. Repitió las palabras, automáticamente, resignado y cansado por cargar el peso del tiempo, acongojado por ser él, aún

con vida, el cadáver de la Humanidad. Intrépida valentía, voraz hambre de aventura y casi sobrenatural inteligencia. Viajero del tiempo. Intrépida valentía, voraz hambre de aventura y casi sobrenatural inteligencia. Viajero del tiempo...

¡Viajero del tiempo! ¡En esas tres palabras estaba la salvación que había estado buscando! ¡Intrépida valentía, voraz hambre de aventura y casi sobrenatural inteligencia! ¡Allí estaban escondidos, en clave, el qué y el cómo!

La estricta prohibición que le impedía viajar hacia atrás ya no tenía sentido en un mundo donde a ningún ser humano –más que a él mismo- podría afectar su travesía. Así que programó su nave, meditó durante los cinco minutos finales y miró, por última vez, el ocaso de una especie que reposaba en los últimos instantes de su crepúsculo.

La civilización murió cuando el viajero del tiempo desapareció. Para qué tomarse la molestia de escribir un epitafio que jamás será leído por nadie, pensó. El viajero aceleró de nuevo su nave hasta que pudo ver estáticos los sorprendentes rayos de luz. Dio, de nuevo, el salto hiperdimensional y regresó desde el ocaso hasta el amanecer de la Humanidad.

El viajero del tiempo bajó de su nave, justo a tiempo para presenciar el nacimiento de la civilización.

]]>

Jerson Lizarazo (Bogotá, 1992). Estudiante de Ingeniería Industrial en la Universidad Nacional de Colombia. Lector por adicción y creador de realidades fantásticas y mundos distópicos. Ganador del primer Concurso Anual de Relatos de Ciencia Ficción de la revista Alfa Eridiani. Finalista del VI Concurso Nacional de Cuento. Ha publicado en la Revista Cosmocápsula, en la Revista Ergoletrías



de la Universidad del Tolima y recibió una Mención de Honor en la tercera edición del UY! Festival del Miedo, por su microrrelato *El chapucear de las gotas*.

[Volver al índice](#)

Revista Cosmocápsula número 7. Octubre – Diciembre 2013.



"La terapia" por Manuel Jordan

]]>



Revista Cosmocápsula número 7. Octubre – Diciembre 2013. Cápsulas literarias.

[Volver al índice](#)

La terapia

Manuel Jordan

A Johanna

Diego recordaba todas las mañanas aquel día en que Ana lo abandonó y se hundía lentamente en la desesperación. Lo peor era ese insomnio indomable.

Mientras buscaba en sus bolsillos las llaves del carro, encontró la hoja arrancada a la guía telefónica. Leyó el largo listado de psiquiatras y psicólogos; escogió uno por su apellido: Zweig.

El doctor David Zweig tenía un consultorio en un breve edificio de tres pisos. En la planta baja del lugar estaban una farmacia y una ferretería. El resto de los pisos estaban ocupados por oscuras oficinas. En el último, la única oficina, al final de un pasillo, era la del doctor Zweig. Pensó que no iba a encontrarlo a aquella hora. Tocó resignado la puerta una, dos, tres veces. Un grito incompresible vino de adentro. Creyó que era de aprobación, giró el picaporte y entró a lo que supuso era una sala de espera.

Tuvo que dejar la puerta abierta para no tropezar con las sillas en la oscuridad. Eran sillas muy viejas, desconchadas y rotas. Logró leer en la penumbra la primera plana de un periódico de hacía un año que descansaba sobre una mesita baja. Adivinó un escritorio vacío al fondo y otra puerta que daría al consultorio.

—Doctor Zweig —pronunció con toda la dificultad del apellido.



—Pase, pase —dijo alguien detrás de la puerta.

El consultorio estaba bastante iluminado. Detrás del escritorio, lleno de papeles y fotos, lo miraba un hombre con aspecto de cajero de banco. Al estrechar su mano, el hombre lo miró con sus ojos brillantes y negros; tan brillantes como su calva.

—Siéntese —le dijo con urgencia.

El doctor Zweig sostenía, en su mano izquierda, una foto enmarcada. Al colocar el retrato sobre el escritorio, le reveló a Diego una escena familiar; una mujer hermosa y rubia al lado del cajero de banco, sosteniendo en sus brazos un niño redondo y feliz. Al fondo de la fotografía lo que parecía el jardín de una casa muy grande, lleno de árboles y flores. El doctor tenía cabello en la foto.

El doctor hizo algunos comentarios triviales sobre la difícil ubicación del consultorio y también sobre el clima caluroso de aquellos días mientras levantaba del escritorio una pila de papeles y los arrojaba en una papelera repleta. Luego lo incitó a hablar de su problema.

Diego le habló largo rato de aquel insomnio que lo agobiaba y que no lograba derrotar con la suavidad y limpieza de las sábanas y menos con los baños nocturnos que le recetó su hermana. El hombre lo escuchó con paciencia, hizo algunas preguntas sobre su situación familiar y mostró interés por el relato de la traición de Ana y su huida a Miami.

El doctor hizo algunos comentarios sobre la capacidad de adaptación de los seres humanos a las situaciones más inhóspitas, sobre la necesidad de vivir el presente sin tener el pasado tan vigente. En algún momento de su discurso se detuvo y se instaló un incómodo silencio.

—Yo, sinceramente, no dudo que te adaptes a la situación y se cure tu insomnio, y todo eso. Tal vez termines aún más jodido, no lo sé. Esa falta de certezas ha terminado por convencerme de que la psicología es pura paja —dijo mirando los estantes de una biblioteca poblada por grandes tomos.

Luego de aquella confesión lo observó ansioso y Diego pudo adivinar en todas las arrugas de su frente aquella desesperación que agobia a los que tienen una idea fija:

—Tengo varios años investigando un nuevo campo que estoy seguro curará muchos males. El remedio definitivo para cualquier tragedia: un viaje en el tiempo impulsado por



este motor –dijo, señalando su sien derecha.



[Fotografía por mendhak](#) [Algunos derechos reservados](#)

<<Coño, lo que me faltaba>>, pensó Diego, sintiendo el impulso de marcharse y dejar solo y desamparado al orate. El hombre se puso de pie y siguió hablando de su particular teoría. Diego descubrió una precoz indigencia que se evidenciaba en las mangas y codos de la chaqueta desgastada y los zapatos rotos. Tal vez era un síntoma del agotamiento causado por el insomnio, pero de pronto sintió una profunda lástima por el tipo y armado de ella permaneció sentado mientras aquel hombre desgranaba uno a uno todos sus delirios.

Comenzó hablando de ciencia ficción y de cómo todos los precursores de su descubrimiento eran autores de ese género marginal. Nombró algunos y sus respectivas y poco fieles traducciones al cine. Descartó con un gesto la teoría de relatividad de Einstein que prohibía los viajes temporales; se burló de Stephen Hawking y aquello de que si el viaje en el tiempo fuera posible nuestro presente estaría plagado de turistas temporales.

—El viaje en el tiempo es un asunto personal, íntimo, por eso siempre pasan desapercibidos los viajeros. La única forma de viajar en el tiempo es reconstruyendo físicamente el pasado al que se quiere desplazar.

Habló de recuperar el espacio, por ejemplo: la casa en que se habitó hace muchos años, la ropa que se usó aquellos días, la rutina que repitió en aquella época. La receta era repetir todo aquello durante varios días.



—Mientras más detalles, más posibilidad de que se produzca el desplazamiento. Solo es posible viajar hacia un pasado personal, intransferible. Por eso es que los viajeros del tiempo son tan reservados.

Apoyándose en la biblioteca, miró fijamente a Diego desde su altura:

—Yo sé que está pensando que si es tan sencillo por qué no lo hago. En un arrebato me deshice de muchos recuerdos que facilitarían el viaje, muchas fotografías. La memoria es frágil y los que pueden ayudarme a recordar se niegan a hacerlo.

Miró a Diego con la esperanza intacta, mientras éste se levantaba cansado y decepcionado. Al despedirse, le dijo:

—Si lo logra vuelva aquí y confirme mi teoría, por favor.

Pensar en las teorías del psicólogo ayudó a Diego a vencer el insomnio. A la mañana siguiente se despertó convencido de que las delirantes hipótesis formaban parte de un truco terapéutico.

Tales ideas no lo abandonaron en el transcurso de la semana. Sintió ganas de visitar nuevamente al psicólogo y escuchar de su boca la confirmación de que todo eso formaba parte de una terapia innovadora. Pero no se atrevió.

—¿Por qué no viajar en el tiempo? —se preguntó frente al espejo, acariciando el rostro sin afeitarse y examinando las canas que parecían abundar desde el inicio de su nueva situación.

La posibilidad de volver al pasado lo hacía soñar despierto. Se imaginaba viviendo una insoportable sucesión de días felices; corrigiendo aquellos descuidos que agotaron su matrimonio y empujaron a Ana a acostarse con aquel pendejo.

Era poco lo que había que cambiar en el físico de la casa. Contrató un albañil que le ayudó a pintarla con el mismo amarillo deslucido que Ana impuso dos años atrás. También lo ayudó a derrumbar un cuarto construido en un impulso expansionista que lo atormentó por esa misma época. De resto, todo permanecía igual.

Comenzó a vivir, cada día, repitiendo los gestos y vivencias de su pasado más reciente. Escarbando en la memoria, encontró todos aquellos momentos de dicha que protagonizó Ana. Recordaba conversaciones enteras con ella y las repetía mirando el espacio vacío de



la cocina o la cama. Su memoria, intoxicada por la nostalgia, lo auxilió en el experimento.

Una mañana, al levantarse, no mostró sorpresa alguna al escuchar los ruidos que hacían las niñas y Ana en la cocina.

Su sorpresa no aumentó de forma exponencial al descubrir horas después que Ana lo engañaba con el mismo vecino, ni siquiera intentó detener su fuga a Miami la mañana que tanto lo atormentaba.

Y ese mediodía, sentado frente al psicólogo orate, no confirmó su teoría sobre viajes temporales simplemente porque él, al igual que el psicólogo, ignoraba un principio básico de dichos viajes: los viajeros del tiempo no tienen memoria.

]]>

Manuel Jordan. Ingeniero en computación. He publicado un cuento en la revista colombiana Cosmocápsula, N.3. Obtuve una mención en el concurso de Microcuentos Ciudad de Punto Fijo. Vivo en el Estado Falcón, Venezuela.

[Volver al índice](#)

Revista Cosmocápsula número 7. Octubre – Diciembre 2013.



"Luis, el otro" por Luis Carlos Barragán



Revista Cosmocápsula número 7. Octubre – Diciembre 2013. Cápsulas literarias.

[Volver al índice](#)

Luis, el otro

Luis Carlos Barragán

]]>

Me llamó a eso de las diez para que nos encontráramos a las tres, pero como ambos somos perezosos nos encontramos a las cinco. No tenía el mismo corte de cabello que yo, ni las mismas gafas ni la misma ropa. A mi me pareció un poco más alto, pero debe ser porque me estoy encorvando con tanto tiempo frente al computador. Lo vi de lejos, parándose de la silla en el primer piso del Terraza Pasteur, sonriente, porque siempre que me encuentro con alguien el encuentro me hace sonreír; sentía curiosidad por saber si íbamos a hacer lo mismo, si habíamos pensado lo mismo. Finalmente nos estrechamos, nos olimos, nos abrazamos, constatamos con un «hola» nuestra propia voz y después nos quedamos mirando el uno al otro un segundo, sabiendo la vergüenza que ya no teníamos que ocultarle a nadie. Entonces, comprobando la aspereza de su piel, el color de sus ojos, el espesor de sus cejas, nos acercamos lentamente y nos rumbeamos de lo más rico en este planeta, porque yo sabía cómo me gusta besar y él también. Porque yo podía recorrer los mismos dientes con la misma lengua, con los mismos labios, hasta sentir una erección del mismo pene, del mismo tamaño.



Luego nos sentamos, pedimos un café y él me dijo: «Te estuve esperando estos dos años. Dime qué cosas hiciste distinto». «Algunas decisiones —le respondí—, compré alguna ropa distinta, vi otras películas, me fui de viaje a otros lugares y me leí otros libros». Hablamos por horas sin cansarnos, contrario a todas las expectativas.

Cuando les preguntas a las personas qué harían si se encuentran con su doble, muchos te responden que no se soportarían, que se odiarían mutuamente, se matarían, se aburrirían de escucharse la misma vida, se pelearían por la misma ropa. Siempre tuve fantasías sexuales conmigo mismo, siempre pensé que dos yos podríamos conquistar el mundo, escribir el doble de libros, hacer el doble de proyectos audiovisuales y el doble de viajes. Cuando quisiéramos jugar videojuegos y tuviéramos deberes supuestamente importantes, uno los haría y el otro seguiría jugando.

Este *man* estaba bueno —pensé— y sé que en cierto modo esto tenía que ver con el narcisismo. Uy, aguanta, ¡pero cómo se mueve!, ¡cómo hace todo!, ¡cómo se viste! Mi media naranja. Eso no se dude. Verlo charlando, verlo manotear cuando cuenta alguna peli o alguna cosa que le haya pasado en el centro con sus amigos, que son mis duplicados amigos (que también significan duplicados estómagos que rellenar en cada visita). Tengo la sensación de que nunca nos aburriremos.

Intercambiamos la casa, la ropa y la familia, y nadie se dio cuenta... Luego arrendamos un apartaestudio para amoblarlo con nuestras cositas. Hoy, después de sabernos, conocernos nuestros cuerpos, aceptarnos como somos en el fondo cuando no nos estamos mintiendo, vernos en la ropa que queramos, olernos los olores que sean, recomendarnos pintas y corregir mutuamente nuestros textos, hoy salimos a festejar comiendo una *pizza* de barrio con Uva Postobón; e inesperadamente el otro Luis se me acerca: «Parce, te tengo que decir algo importante; todo esto ha sido tan rápido, y yo sé que a veces soy una mierda cuando me pongo bravo, pero, marica, te quiero mucho... —Fue sacando un anillito, aparentemente de oro—. Y vos sabes que yo no creo en el matrimonio. —Me fue deslizado el anillo en el dedo anular—. Pero me gustaría que nos casáramos». Y yo estaba loco por él, o sea, por mí mismo. Así que le dije que sí y me pareció una locura, una locura garrafal.



“Shadow friends” por [HAMED MASOUMI](#). [Algunos derechos reservados](#).

Fue muy extraño que el día de la boda (ya habían aceptado el matrimonio entre personas del mismo código genético) estuviera por un lado mi familia y por el otro, la familia de él. Distribuidos en ambos costados de la sala se encontraban los mismos tíos, tías, las mismas mamás, los mismos papás y las mismas hermanas. Las dos mamás idénticas habían escogido trajes distintos y se habían peinado y tinturado el cabello de disímiles formas y colores; de los dos papás, uno tenía bigote y el otro, no. Mi hermana estaba divorciada, pero la hermana de mi ahora esposo todavía se aguantaba a ese tarugo, mequetrefe, valesnada de su marido skinhead. Toda la ceremonia se la pasaron criticándose la ropa, la forma de mirar y los gritos de nuestras sobrinas, que hacían demasiado escándalo y no nos dejaban escuchar al notario. Tal fue la cosa cuando nuestras familias se conocieron en la boda, que las malas lenguas se desenrollaron y nunca más se volvieron a ver con sus dobles, porque literalmente se odiaban, se querían arrancar las joyas, los trabajos o las casas. En cambio Luis y yo siempre la pasamos bien, escuchando la música que nos gusta, viendo las películas que nos gustan y haciendo el amor a la hora que nos gusta. Para que la comunicación funcione mejor, yo lo llamo Luis a él y él a mí, Carlos.

Estamos pensando en adoptar a un niño o una niña, cuyos respectivos nombres serían Salomé o Bernardo. Buscando en el universo paralelo del que viene Luis, desfasado hace dos años, nos damos cuenta de que los niños que nacieron en mi mundo no nacieron en el



suyo, todos tienen nombres diferentes, ninguno se parece entre sí. En el carro, viajando hacia un orfanato le digo «Luis, marica, ¿te acuerdas de que siempre he pensado en que no quiero tener hijos? O sea, ¿tienes idea de la cantidad de dinero y tiempo que nos vamos a gastar en eso?».

¿Sí, Carlos, yo sé; pero también sé que siempre soñaste con una familia feliz.

Luis Carlos Barragán. Artista plástico de la Universidad Nacional de Colombia. Ganador del X concurso de Novela de la Cámara de Comercio de Medellín con su novela de ciencia ficción Vagabunda Bogotá, también finalista en el premio Rómulo Gallegos 2013. Ganador del II Concurso de Historias de Amor de Timbío, Cauca. Ha colaborado con numerosas revistas y publicaciones incluyendo Héroes y Heroínas de la Independencia, editado y publicado en Lima, Perú. Ha trabajado como diseñador gráfico e ilustrador del Colectivo Entre Tránsitos y actualmente es becario de IDARTES con la beca de creación de Cortometraje en Video. Además le gustan los viajes en bicicleta y no pone problema con la comida

[Volver al índice](#)

Revista Cosmocápsula número 7. Octubre – Diciembre 2013.

]]>



"Bo-Dell-Air" por Ricardo Cabezas



Revista Cosmocápsula número 7. Octubre – Diciembre 2013. Cápsulas literarias.

[Volver al índice](#)

Bo-Dell-Air

Ricardo Cabezas

Escucho el estruendo de las alarmas en la Plaza de los Artistas. A mi lado, los parlantes resuenan, con canciones de *Chyntek* llenando las aceras con *beats* sincopados y siniestros. Al mismo tiempo, decenas de muchachos con crestas rojas inclinan sus cabezas sobre el agrietado pavimento, entrelazando sus manos con los conductos electrónicos de sus tatuajes. Se hacen llamar *Nanotechs*; simbioses tecnológicos de la estética deprimente y penetrante. Algunos mueven sus cuerpos, ondulando al ritmo de la música. Otros se desploman sobre las baldosas llorando por el universo entero. Ellos son lo más *Nano*, lo más *cool*.

Mi reloj, marca las 4:00 AM. Debí quedarme dormido en la plaza, en un acceso de narcolepsia. Cuando el ruido me despertó, tenía las manos sucias y manchas de café en la chaqueta. Creo que había salido a caminar por la tarde, distrayéndome con los anuncios fulgurantes de los microLEDS en los roídos edificios del centro. Luego en algún momento, mis manos comenzaron a temblar por varios minutos y decidí entrar a un café cercano para descansar. No recuerdo nada más.

Los crestas rojas adquieren ahora un aire intelectual muy sombrío. El dolor se imprime en



sus rostros pálidos. Sus cerebros se encuentran conectados a bases de datos donde son catalogados los matices de su anticlímax emocional; el ritual de Bo-Dell-Air en el espacio del desconcierto. Asombro, miedo, confusión, apatía. Sus mentes resuenan al unísono en un gesto de desprecio ante quienes no puedan comprender el lenguaje de su autoimpuesta *miseria*. Complejos diseños recorren las venas de sus brazos, en diagramas electrónicos cambiantes como las manchas de un pez marino. Sus cuerpos modificados y sus vestidos, son solo un reflejo de la imagen emocional que perciben continuamente.

Ahora, las pantallas moleculares de sus *Holo-5* proyectan estrofas de poemas antiguos; oraciones dolorosas que los crestas rojas repiten con una voz neutra y opaca en medio del pandemónium sonoro del *Chyntek*:

Moribunda, se entrega a lánguidas visiones,

Y pasea sus ojos, apenas desmayados,

Por el azul que arde en bellas floraciones.

en su mano recoge esa lágrima pálida,

de irisados reflejos, como un ópalo vivo,

y la guarda en su pecho sin que el sol la contemple.

Yo soy viejo, pero muy poco *Nano*. Raras veces tengo lágrimas, o algo inteligente que decir. Me aparto disgustado de los Crestas Rojas y de sus *Holo-5* tratando de evitar las miradas inquisidoras que me siguen mientras camino hacia la avenida Caracas. Afortunadamente no hay que temer violencia alguna por parte de ellos. Sus cabezas están atiborradas de PSB y de otros depresores corticales, que modulan sus emociones y deseos. Me limito a esquivar los voluminosos cuerpos de látex perdidos entre las alegorías melodramáticas del ciberespacio y sus terminaciones nerviosas. A mi alrededor, el paisaje recuerda un camposanto primitivo con cuerpos de hombres y mujeres desparramados por el suelo, en castas posiciones.



Mi casa queda a 3 cuadras del parque, justo frente a las ruinas oxidadas de una estación de Transmilenio en la antigua Caracas con 45. Años atrás, abundaban los bares de salsa, la basura y el hurto callejero. En las montañas, los pinos resplandecían bajo la sombra de cirroestratos reverberantes. Por las tardes me gustaba salir a caminar sin rumbo fijo, mientras escuchaba canciones de Pearl Jam en mi iPod.

La nostalgia me llena.

Son las 4:30 cuando regreso a casa. Las pantallas se despliegan a mi orden y sintonizan el canal del *Furor Quantiko*. La voz de un locutor abatido exclama: *Somos como aterrados neutrinos orbitando la calidez de un agujero de Einstein–Rosen. Nuestras plegarias de amor llenan las galaxias, se expanden hacia el vacío de los multiversos atareados*. Intento sintonizar algo diferente, pero en los 839 canales del servidor, se proyectan estupideces similares y slogans de la Corporación del Hombre Triste *Ser inteligente y melancólico es el nuevo estilo, El futuro es de los deprimidos ¡No al fascismo de la felicidad! La sonrisa es para los borregos y los vulgares*. La plaga ya llega a las colonias lunares, a las bases en Marte: *Universe and Sadness in Expansion: join the NASA*. La constante de Bo-Dell-Air impregna al mundo.

Busco efedrina en la alacena. Pastillas rojas y anaranjadas que rápidamente desaparecen en mi garganta seca. Cierro las ventanas y bajo el volumen del sistema. Nubes automáticas de memorias comienzan a delinearse en mi mente. Pienso en la ciudad. Antes, mucho antes de los crestas rojas y su parafernalia: una fría ciudad de páramo, banal y seductora.

Bo-Dell-Air no existía más que como un rumor de la red; algo que se mencionaba por *Twitter* con respecto a experimentos tomográficos sobre los patrones mentales de ciclotímicos y autistas. Poca cosa comparada con los torneos de fútbol o el *Reality* de turno.

Era a comienzos de siglo más o menos.



Luego de algunos meses, este rumor se convirtió en el principal *trending topic* de las comunidades virtuales. La creación de un nuevo cerebro -o mejor aún-, de una nueva mentalidad, que reafirmaría el triunfo de *lo intelectual* sobre el insípido hedonismo de la cultura de masas.

Miles de personas se presentaron como voluntarios para estos *mapas mentales*: actores, escritores, pintores, individuos vanguardistas cansados de su lasciva humanidad. Poco tiempo después las compañías farmacéuticas se adueñaron del proyecto; había posibilidades inconmensurables para llegar a comprender las estructuras cerebrales de la conciencia y de sus trastornos -decían-. El *Human Mental Protocol Baudelaire*, recibió todo el apoyo de la OMS y de numerosos gobiernos... La prensa anunciaba una bonanza económica y una subida en las acciones de las compañías. Algunos *hackers* graciosos comenzaron a llamarlo simplemente "Bo-Dell-Air", porque el protocolo era una "*solución tecnológica para los problemas de las mentes enajenadas y poéticas*". Puro *spam* cultural.

Con el tiempo, las técnicas de mapeo cerebral, y de proteómica neuronal, consiguieron replicar los patrones mentales de algunos escritorzuelos adictos a las anfetaminas. Poco después se descubrió que el suministro permanente de PSB, sobre las regiones corticales del cerebro, generaba un estado permanente de depresión, junto con una mayor creatividad y aprehensión por el mundo. Con gran facilidad se conseguía modular las respuestas emocionales de los individuos y sintonizarlas con bases de datos creadas por La Corporación del Hombre Triste. La monotonía sonora del *Chyntek* incrementaba el efecto de la droga, gracias a su ritmo desbocado y reiterativo.

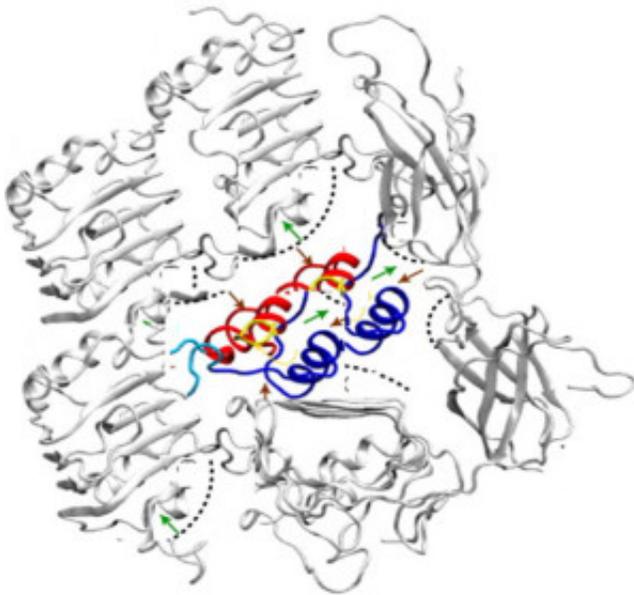
Era un producto fácil de empacar y de vender. Miles de personas, ávidas de sensaciones nuevas, se lanzaron a su consumo masivo; solo necesitabas un catéter bajo el lóbulo temporal para sentirte como un sabio incomprendido, como un poeta maldito que escupe sobre las masas de aduladores sumisos. Así pues, los crestas rojas comenzaron a multiplicarse como bacterias estomacales; niños autistas entregados a la comunión universal con las nuevas tecnologías, en perpetua contradicción con el mundo aburrido y hedonista del que yo provenía. Sus sentimientos, su tristeza eran *reales*. Los patrones electroquímicos podían replicarse indefinidamente, configurando un vórtex emocional del abandono, donde todos nos podíamos refugiar.



Conozco bien a los *Nanotech*s. Conozco sus crestas rojas, sus sentimientos, su vacío emocional: yo trabajé como investigador en el proyecto que consolidó su existencia. Yo también vivo en el espacio de Bo-Dell-Air...

Y no lo comprendo...

Ahora amanece. Veo la sombra de Monserrate, como el último vestigio de realidad en un paisaje holográfico y pixelado. Una línea amarilla rodea el horizonte, mientras el rumor del *Chyntek* va desapareciendo entre las sombras. El festival de los *Nanos* ha terminado.



Apago las pantallas. Desconecto el sistema. Quedo a solas con mi viejo iPod, mientras las anticuadas melodías de Pearl Jam llenan la atmósfera con un maravilloso bienestar de duermevela. Afuera, los crestas rojas regresaran a sus sucios cuartos atiborrados de cables y de redundantes epifanías. No escucho sus voces de protesta contra la *cálida mañana y el cielo gilipollas que fracasa con todo el peso de su insignificancia*.

Una voz suave canta:



Thoughts arrive like butterflies

Oh, he don't know, so he chases them away

Someday yet, he'll begin his life again

Life again, life again...

Quiero más efedrina.

]]>

]]>]]>

Ricardo Cabezas. Nací en 1981 en Bogotá Colombia. soy biólogo y actualmente estudio un Doctorado en Ciencias Biológicas en la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá (Colombia). Desde muy temprana edad me han interesado las temáticas de ciencia ficción y fantasía, y tengo cuentos publicados en las revistas De Segunda Mano y anteriormente había publicado mi relato [La Plaza Mayor](#) en Cosmocápsula. Igualmente he publicado artículos científicos en las revista Acta Biológica Colombiana, Cell Biology International y [Neuroscience Research](#). En el año 2011 participé en el taller literario Renata de Ibagué.

]]>

[Volver al índice](#)

Revista Cosmocápsula número 7. Octubre – Diciembre 2013.